

## MULTICULTURALISMO EN LA ALDEA GLOBAL

Juan Daniel Ramírez<sup>1</sup>  
 Universidad Pablo de Olavide

### RESUMEN

El presente artículo es la conferencia que el doctor Juan Daniel Ramírez Garrido impartió en la inauguración del Centro Hispano-Asiático de Cultura que, impulsado por la Universidad de Huelva y que, dirigido por la doctora Grace Munman Shum, inició su trayectoria a comienzos de este año. El consejo de redacción de ED.UCO agradecemos a su autor la amabilidad de ser publicada en nuestra revista.

### CONFERENCIA

Una pregunta nos ronda en la cabeza de quienes contemplamos con admiración, y hasta con sana envidia, la creación del Centro Hispano-Asiático de Cultura. Esa pregunta viene referida a un término que se ha hecho popular en los últimos años: multiculturalismo. Pero, ¿a qué llamamos multiculturalismo? Les confieso que las definiciones son para mí una suerte de ejercicio aristotélico que consiguen ponerme nervioso, pues toda definición tiende a congelar la vida de aquello que quiere explicar y a inmovilizar su existencia hasta transformarla en una esencia sin latido ni calor.

Para explicarla, prefiero, a la manera de Wittgenstein, acercarme a los problemas de nuestro tiempo mediante juegos del lenguaje. Por tal motivo, realizaré esta disertación, no tanto en clave de un análisis minucioso de los conceptos en juego, como el de *multiculturalismo* o sus complementarios, *globalización* y *mundialización*, o de sus contrapuestos, *localismo* y/o *provincianismo*, etc., sino, mas bien, pretendo crear un relato que me permita establecer representaciones inacabadas pero vitales acerca de "quiénes somos"; algo que es tanto como preguntarnos por nuestra identidad en un mundo que se hace más complejo cada día (creo que para nuestra suerte). En ese "somos", que he apuntado, cabríamos todos: los que formamos la etnia mayoritaria en los países receptores de inmigrantes (no olvidemos que las migraciones son el principal motor de multiculturalidad) y también los "otros", sea cual sea su cultura, sociedad o etnia; quienes han llegado hasta nosotros y quienes quedan atrapados en el laberinto de las aduanas de cualquier aeropuerto; los que permanecen y los que navegan perdidos en un punto indefinido del Atlántico -si es

<sup>1</sup> Catedrático de Psicología de la Comunicación de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

que podemos llamar navegar a ese desplazamiento errático en cualquier patera o cayuco con más posibilidades de hundirse que de alcanzar una playa anónima. Esos "otros" que señalan el mundo de extraños con los que no podemos o no queremos identificarnos en un "nosotros", quizá por el obstinado afán humano de sobrevalorar la pertenencia y desdeñar las diferencias, las cuales han demostrado ser tan necesarias para el desarrollo humano como el núcleo social y cultural de cualquier identidad.

Y también deseo acercarme por juegos y aproximaciones sucesivas hacia una mejor comprensión del mundo al que nos dirigimos o al que queremos dirigirnos, pues, de tener éxito, ese mundo se habrá construido gracias a la colaboración y la voluntad de todos. Mundo al que aspiramos, pero del que no sabemos precisar sus límites y desconocemos su meta; que se construye con materiales humanos diversos y heteróclitos, a los que la política y las ciencias sociales han dado en llamar a través del término *multiculturalismo*.

Pero antes de seguir avanzando en el relato multicultural, conviene recordar algo que nos permitirá realizar una cierta *catarsis* a la mayor parte de quienes conformamos esta audiencia.

Quizá seamos a veces crueles e injustos con nosotros mismos, los que por ahora formamos partes del "nosotros". Quizá, con más frecuencia de lo habitual, el peso de nuestra mala conciencia del pasado colonial nos induce a una autoculpabilidad paralizante, que nos lleva a olvidar que el *etnicismo*, la xenofobia, la exclusión del "otro"; cuando no, el racismo a secas, ya este último no es propiedad exclusiva del mundo occidental, sino que forma parte de eso que confusamente llamamos *condición humana*.

Como tales defectos no necesitan ser invocados, a veces se presentan sin que se les invite, y que la sociedad civil, a través de la universidad -la institución de la que se ha dotado para pensarse a ella misma-, pone en marcha, a través de reflexiones, debates y vías para construir conocimientos que permitan actuar en contra de nuestras peores tendencias y, a la vez, ser capaces de generar un "nosotros" más inclusivo. Conocimientos, en suma, que ayuden a la transformación de la vida en comunidad, hasta romper la visión aldeana de la que nos resistimos a salir.

Es ahí donde la iniciativa de esta universidad de Huelva cobra sentido, con su Rector magnífico al frente de su equipo de gobierno y el esfuerzo unido a la creatividad de la profesora Grace MunMan Shum. Alguien que, no lo olvidemos, además de sus indiscutibles dotes académicas en el marco de la psicología del desarrollo desde la perspectiva cultural, puede expresarse a la vez en español, inglés y chino (cantonés); o, mejor, al contrario: en chino, inglés y español, si, primero, seguimos el curso natural y, después, cultural, de su desarrollo psicológico -si nos atenemos a las enseñanzas de nuestro común maestro Lev Semionovich Vygotsky-. La profesora Munman, o mejor nuestra amiga Grace, domina las dos lenguas indoeuropeas escritas y ese prodigio de comunicación y creatividad que es el *ideograma* chino. A ella debemos, sin duda, una buena parte del encuentro y la fundación de este centro que, parafraseando a Gabriel Celaya, vemos "cargado de futuro".

### "Un mundo en constante cambio"

Nuestro mundo cambia, tanto si lo aceptamos como si no. Nuestra aldea, donde costumbres, ritos y hábitos no se habían modificado tal vez en siglos, se transforma vertiginosamente. Esta aldea va adquiriendo una nueva apariencia; algo que ocurre de día en día sin que el aldeano de a pie sea consciente del cambio. Es un cambio al que, en ocasiones, tememos en la misma proporción en que nos duele abandonar la comodidad del mundo conocido, para adentrarnos en los territorios inexplorados que ocupan "otros", a los que vemos como extraños o extranjeros (después de todo, la etimología de ambas palabras es la misma), y que, tal vez, en esa sociedad multicultural se sientan tan timoratos e inseguros como nosotros mismos.

Pero, sigamos acercándonos al tema que nos ocupa, el multiculturalismo, si bien, ahora, evocando un film ya clásico conocido por la mayoría de los aquí presentes. Creo que podremos extraer de él materiales suficientes para componer el relato enmarcado en el otro término del binomio al que alude el título de esta charla: la *aldea*, el escenario en el que los primeros contactos y el encuentro tan deseado habrá de producirse.

Recurro a un film porque, como afirmaba Marshall McLuhan, tal vez sea el arte y, sobre todo, el cine, arte por excelencia de nuestro tiempo, el medio por donde vislumbramos el camino que vamos a recorrer o que debemos evitar según el caso.

En los planos generales del film de Ridley Scott *Blade Runner*, las gentes de Los Ángeles, convertida en ciudad futurista por arte del director, conforman un conjunto abigarrado que, más que caminar, parece vagabundear por sus calles. Esas gentes que pululan por allí dan la impresión de estar "a los suyos". Por la diversidad de su aspecto, todo parece indicar que forman pequeñas tribus en un mundo de imágenes y modas. La impresión que el espectador obtiene (creo que así lo quiere el director) muestra algo de igual y algo de diferente a los conjuntos aparentemente complejos que asoman en esos mismos escenarios del presente. Una masa muy similar a las que hoy podemos ver en cualquier área comercial, *mall* o gran superficie, como preferimos llamarla en este país. Masa que desplaza y anula a los individuos en medio de las tribus que la componen. El conjunto nada tiene que ver con los individuos y grupos organizados de eso que llamamos sociedad civil, sobre todo, si está bien constituida.

En el amasijo humano del film, observamos una diferencia entre esos espacios y los que todavía podemos encontrar en cualquiera de nuestras grandes superficies. Allí, la diversidad racial que la historia nos presenta es notoria, mientras que en la nuestra, a pesar de la preocupación de mucha gente, y de más de un dirigente político, sigue predominando la homogeneidad racial, cultural y lingüística. Esta continúa siendo la tónica general de la sociedad española de hoy, la cual muestra de forma sorprendente los rasgos típicos de la sociedad de masas nacida del éxito económico desde la transición democrática al día de hoy.

En *Blade Runner*, esa multitud, trasunto de *muchedumbre solitaria*, como le gustaba de llamar a David Riesman en su legendario ensayo del mismo título, compone

un mosaico multicolor que es todo lo contrario a lo que percibimos entre nosotros. Pero hay otro rasgo distintivo a señalar: mientras que en nuestro mundo el extraño viene representado por quien es diferente, quienes tienen unos rasgos físicos distintos, se comporta de manera extraña o habla una lengua irreconocible, en Los Ángeles de *Blade Runner*, dónde la diversidad racial o étnica ha dejado de tener sentido, se ha hecho necesario inventar un "otro", un nuevo extraño. Es el *mutante*, el individuo creado en los laboratorios de las grandes corporaciones que, por razones impredecibles, ha decidido dejar de comportarse como sus inventores los ingenieros genéticos habían programado.

¿Quiénes son los verdaderos hombres y mujeres de esta historia? ¿Quiénes reflejan eso que llamamos condición humana? ¿Son los verdaderos humanos los individuos-masa, como los llamaría Ortega y Gasset, que pululan por todas partes, o esos mutantes que, en sus gestos clandestinos y hasta en su crueldad, quieren dejar bien claro que ellos, viajeros de *Orión*, son ya los únicos que pueden sentir más allá del dolor? Aquellos, lo supuesto normales que habitan Los Ángeles, resultan, a vista del espectador, más autómatas que individuos, éstos, los mutantes, verdaderos protagonistas de la historia, representan identidades reconocidas a los que se les ha negado el paso, bloqueándoles la posibilidad de demostrar su verdadera condición: la de ser humanos.

Pero, ¿qué diferencia al mundo proyectado en las oscuras salas en las que visionamos en sus días este film y nuestro mundo de ahora? Ambos comparten algo en común. Los ciudadanos de ese Los Ángeles futurista de Ridley Scott y nosotros somos aldeanos sumidos en rutinas colectivas que no necesitamos pensar nuestra identidad porque la aldea en que vivimos nos pertenece y sus formas de vida nos vienen dadas. Nuestros inmigrantes, como los mutantes del film, han de luchar cada día para reivindicar su condición de individuos y ciudadanos de un espacio mayor, *planetizado*, habitantes de una aldea global que no cabe en los estrechos límites provincianos en los que se encuentra la nuestra.

### **"Porque de un conflicto de aldeas trata nuestro mundo actual"**

Hasta no hace mucho, quienes rondamos los cincuenta en esta sala (yo los he superado holgadamente), vivimos nuestra infancia y adolescencia en una España mayoritariamente rural o en ciudades cuyo principal rasgo era el provincianismo. En aquellas aldeas y pueblos todo el mundo se conocía y hasta se saludaba por su nombre de pila. Decir sólo *adiós* era poco menos que una descortesía. Uno conocía los límites de la aldea, sus calles, su plaza mayor, a los hombres que pasaban en ella largos ratos de conversación al atardecer y a la mayoría de las familias que se sentaban bajo el dintel de sus puertas o en sillas en las aceras "buscando el fresco" de nuestras noches de verano. Todos añoramos aquellos tiempos. La nostalgia compone un recuerdo que es en realidad un arquetipo de nuestra mejor forma de vida.

Esta es la parte más bonita del relato que podemos hacer de nuestra aldea. Pero, también, presentaba zonas oscuras de las que no siempre éramos conscientes.

En ese mismo tiempo y lugar, cada mediodía, cuando la campana de la iglesia tocaba al Ángelus, las emisiones radiofónicas se interrumpían para dejar paso a una voz que, a través de sus micrófonos, repetía la misma letanía: "El ángel del Señor anunció a María". Después, a un murmullo de voces anónimas se unían las mujeres que interrumpían temporalmente su trabajo del hogar para repetir con el coro radiofónico: "Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo". Finalmente, volvía la voz quejumbrosa de Antonio Molina, o la de Marifé de Triana, que se empeñaba en levantar por enésima vez una *Torre de arena*.

Estábamos en un país en el que, a pesar de sus importantísimas conexiones históricas y culturales con el mundo árabe, era imposible oír la voz del almuédano llamar a la oración, y menos verse el *kepi* judío cubriendo la coronilla del rabino. El sábado siempre era sábado; pero jamás *sabbat*. La campana tubular o los rollos de oraciones del budista sólo se conocían por las películas más exóticas de Hollywood. De la misma manera, tampoco podían expresarse opiniones que no estuvieran refrendadas por el "Régimen", ni pertenecer a otro partido político que no fuera el *Glorioso Movimiento Nacional*.

Ni tolerancia ni multiculturalismo, y mucho menos el cosmopolitismo del que hacían gala los países de eso que llamamos "nuestro entorno".

La radio de entonces, al recordarnos indefectiblemente la hora del Ángelus, indicaba nuestra pertenencia a otras aldeas, en este caso, simbólicas, a las que el historiador norteamericano Benedict Anderson ha denominado *comunidades imaginadas*. Una de esas comunidades imaginadas era la formada por los verdaderos creyentes que, a esa hora, se unían real y sinceramente al coro de voces; la otra la componían quienes simplemente, por la hora y el rezo, sabían que vivían en un marco político que había adoptado una única religión y un sistema unitario de creencias, vehiculados ambos a través de una misma lengua. Esta comunidad no era otra que la del estado nacional de carácter totalitario, con una dictadura que para el resto de los países europeos era cosa del pasado.

Vivíamos, a la vez, en una aldea real que representaba el plano de lo *local*, pero entre sus rendijas se colaba una realidad más compleja, más general, o, parafraseando un término al gusto de hoy, más *global*, sin que llegara a representar ni con mucho el grado de globalización que la realidad actual conlleva.

### "El multiculturalismo y las fronteras"

Antes he mencionado que el multiculturalismo era, entre otras cosas, una cuestión de aldeas; ahora señalaré algo que nos resultará más familiar a todos: el multiculturalismo como problema es, sobre todo, una cuestión de fronteras.

A pesar del estado totalitario en que vivíamos, algo compartíamos con otros estados modernos. Los estados nacionales sobrevivían porque, desde su fundación,

se habían protegido de las invasiones de otros pueblos mediante unos muros artificiales. Eran las fronteras; unos límites más simbólicos que reales entre sus respectivas naciones, pero capaces de impedir, en unos casos, o poner trabas, en otros, al movimiento tanto de personas como de bienes y productos. Por suerte, con el paso del tiempo esos muros se volvieron porosos. La complejidad cultural de cada estado estaba en proporción inversa al número de fronteras que impermeabilizaban el contacto humano y creaban una distinción maniquea entre "los otros y nosotros".

A pesar de la obsesión proteccionista de los estados y, en especial, de los más cerrados, la necesidad de ciertos productos imposibles de conseguir por medios propios -los llamados *productos de ultramar*-, traídos por minorías étnicas de diversa procedencia, obligaba a las autoridades políticas a practicar en sus ciudades fronterizas (Ceuta, Melilla o La Línea, en nuestro país; Tijuana y San Diego, en USA; o Ciudad del Este y Puerto Iguazú, en la triple frontera del río Paraná) una tolerancia que era negada en el espacio interior del territorio nacional. Con frecuencia, en esas ciudades podían verse templos y símbolos religiosos imposibles de encontrar en el interior. Sin embargo, en la actualidad, esos productos, minorías y religiones se encuentran en los suburbios de cualquier ciudad occidental y, con frecuencia, en sus áreas más céntricas.

Así, pues, ¿dónde situar las actuales fronteras? Según el profesor Héctor Cappello, de Universidad Autónoma de Tamaulipas, si la influencia social, económica y cultural del *border* entre Estados Unidos y México se limitaba a una franja de varios kilómetros, a uno y otro lado de los mismos, con el paso del tiempo esa franja fue expandiéndose alcanzando lugares más alejados, como Los Ángeles, Houston o San Francisco. Más tarde, la minoría mesoamericana -ya no tan minoría-, alcanzaba lugares más alejados aún. En cierto sentido, pueden considerarse zonas fronterizas ciudades del interior como Chicago (de donde procede el término *chicano*) o Toronto.

**"Las minorías desbordaron el marco de los estados nacionales y supieron encontrar oportunidades. Cuando la intolerancia les impedía permanecer, esos estados paralizaban su desarrollo"**

¿Cuánto debe un país como Estados Unidos al multiculturalismo? ¿Qué podemos decir, en este sentido, de la minoría china asentada allí desde la construcción del ferrocarril *Union Pacific*? Su dinamismo ha sido extraordinario. Primero, fueron peones trabajando en condiciones durísimas en el tendido de una línea férrea de proporciones continentales; posteriormente, abrieron lavanderías y restaurantes en los suburbios de las ciudades del Oeste en pleno crecimiento; y, más tarde aún, formaron parte de la vanguardia empresarial, científica e intelectual del país más poderoso del planeta. Una línea similar de desarrollo histórico podría trazarse en el caso de los japoneses o de los hindúes.

San Francisco no sería San Francisco sin su *Chinatown*, ni otras ciudades del Nuevo Mundo, que hoy nos impresionan por la belleza racionalista de sus edificios, existirían sin el esfuerzo extraordinario de sus minorías. Quizás, el área del Vancouver canadiense seguiría siendo un espacio salvaje entre el Pacífico y las

Rocosas, tal como lo viera Malaspina y los miembros de su expedición al finales del siglo XVIII, de no haberse instalada allí una laboriosa comunidad de chinos que dio origen a la ciudad.

No hay ningún país, pues, que haya alcanzado un nivel de desarrollo bueno, muy bueno o simplemente aceptable que no se haya abierto, de uno u otro modo, a la experiencia multicultural.

### "A modo de colofón"

Sin embargo, mientras las fronteras físicas caían o eran rebasadas, las simbólicas tendían a crecer en razón inversa, especialmente en ciertos sectores de población que achacan a esa oleada creciente de inmigración la desaparición de su identidad.

Según uno de los últimos informes del CIS, los inmigrantes representan algo más del 8% de la población de nuestro país; pero ya hay voces que en esa y otras encuestas envían un doble mensaje: primero, dicen que los inmigrantes son necesarios, para señalar, a continuación, que ya van siendo demasiados.

De cualquier forma, comparada con la mayoría de los países de nuestro entorno, la inmigración es al día de hoy más visible que representativa estadísticamente. A cualquier español que visitara el Londres de finales de los sesenta o los setenta le sorprendía el buen número de hindúes con que se encontraba en los lugares más céntricos de la ciudad vestidos "a la occidental" y ataviados con llamativos turbantes. Eran los *sjis*, que comenzaban a ser una fuerza económica importante en el mundo de los negocios. Por aquel entonces, el Soho estaba siendo conquistado por los jamaicanos decididos a reivindicar su derecho al carnaval en un clima tan poco apropiado para el desnudo tropical como el inglés.

Es algo inevitable. En la medida en que la movilidad y la interculturalidad se acrecientan la aldea rompe sus estrechos límites. Los recién llegados la transforman hasta constituir una *aldea global* abierta a modelos insospechados de formas de vida y ciudadanía.

En la última línea, la Universidad de Huelva, respondiendo a las necesidades de una sociedad civil que precisa de un mejor conocimiento e integración del hecho cultural, inicia un proyecto de incalculable interés en un medio universitario como el español que, digámoslo sin tapujos, se viene caracterizando por la falta de creatividad y la repetición de clichés. Sigue pesando sobre quienes conformamos la comunidad universitaria la herencia de la vieja universidad napoleónica cuando no franquista a secas, con la que no sabemos o no queremos romper.

Creo que todos debemos alegrarnos y felicitar a la Universidad de Huelva en la persona de su Rector Magnífico, Don Francisco José Martínez López y a su equipo de gobierno por tan brillante iniciativa. Y agradecer también el empeño y el compromiso puesto por la profesora Grace Munman Shum, con el deseo que esta nave se deslice a buen puerto.